

## LA POBREZA EVANGÉLICA

Estas reflexiones no pretenden ser un tratado espiritual o teológico sobre la pobreza evangélica.

En primer lugar es necesario hacer un planteo exacto y claro del problema y delimitar las fronteras. En un momento en que la mayor urgencia del ambiente en que nos toca vivir y del que formamos parte activa es el problema social con todas sus implicaciones humanas y religiosas, no debemos dejarnos aprisionar y esclavizar por el mismo. Siempre y frente a cualquier urgencia hay que mantenerse libres. Lo cual no significa de ninguna manera no comprometerse. El compromiso verdadero y auténtico no quita la libertad. Con esta actitud de libertad interior vamos a reflexionar sobre la pobreza evangélica. Esa libertad interior nos permitirá tener constantemente ante nuestros ojos además de este valor evangélico, otros que quizá tengan más importancia y sean más fundamentales que la misma pobreza evangélica.

Antes de comenzar nuestro análisis del dato revelado, todavía me parece útil una observación de orden metodológico para hacer el planteo del tema. Al escudriñar las Escrituras para descubrir el dato revelado debemos distinguir lo que constituye el mensaje propiamente dicho y lo que es condicionamiento histórico socio-económico o político. Hay un texto del documento sobre la pobreza de la CIAR que presenta claramente a este planteo metodológico. Dice: “El Evangelio de siempre lo encontramos en el Nuevo Testamento encarnado en la cultura del mundo judío y greco-romano que rodeaba el Mediterráneo en el siglo I, y con referencia a la realidad política y socioeconómica de entonces. De allí que las concepciones neo testamentarias acerca de la condición de los pobres, el trabajo, el orden político y demás realidades terrestres, no pueden tomarse en bloque como concepciones “reveladas”. Las más de las veces traducen sólo las concepciones corrientes en esos pueblos y en aquella época, o la incidencia del Evangelio del Reino sobre ellas” (CLAR n. 4: [85] p. 47). Al analizar lo que la Revelación nos dice sobre la Pobreza o al querer definir la Pobreza evangélica, debemos descubrir “el Evangelio de siempre” y lo que es condicionamiento histórico.

Una última observación introductoria nos lleva a hacer notar que en la Sagrada Escritura no se habla en general de la pobreza como algo abstracto. Como un valor impersonal, sino que siempre se habla de los “pobres” es decir de hombres pobres. Y con esto llegamos al planteo del tema, que lo podemos hacer de la manera siguiente. Estudiaremos las tres relaciones que siguen:

- 1) Relación “pobres - bienes materiales”  
(hombre - mundo);
- 2) Relación “pobres - ricos”  
(hombres - hombres);
- 3) Relación “pobres Dios”:  
(hombre - Dios).

Veamos lo que nos dice la Revelación de estas tres relaciones.

*En el AT* la relación hombre-mundo es considerada como querida por Dios de modo que las cosas materiales están al servicio del hombre, éste goce con ellas. El poseer bienes y gozar de ellos es una “bendición” del Dios de Israel. Este parece un dato constante a lo largo de toda la historia y la teología del AT (ver *Gn* 1,26-30; 2,8; 8,17; 9,1 etc.).

Este dato, que no es condicionamiento histórico sino Evangelio, nunca deberíamos olvidarlo al considerar luego las otras relaciones. Podríamos resumirlo en la frase de Pablo “Todo es

vuestro, vosotros sois de Cristo, Cristo es de Dios”, y encuadrarlo en la perspectiva de la libertad cristiana de *I Co* 7,31: “Los que disfrutaban del mundo como si no disfrutasen. Porque la apariencia de este mundo pasa”.

La segunda relación “pobres-ricos” es más compleja, sobre todo a causa de la evolución histórica que la modificó siguiendo la transformación social del mismo pueblo de Israel. Se pueden distinguir tres periodos en este binomio “pobres-ricos” en la historia del pueblo de Israel que siguiendo a Rolando de Vaux (*Instituciones del Antiguo Testamento*, Barcelona [1964] 109, 114, 115) y a Eugenio Lákates (*Rev. Bib.* 1970, pp 227-232) podemos resumir así: en el primer período de la historia de Israel llamado “período de nomadismo y de sedentarización”, no hubo desniveles sociales tan grandes, que fuesen capaces de dividir a los israelitas entre dos clases: la de los “ricos” y la de los “pobres”. “En la civilización nómada, dice De Vaux, hay familias, Pueden ser más ricas o más pobres, pero no se dividen en diferentes clases sociales en el interior de la tribu... En los primeros tiempos de la sedentarización, todos los israelitas disfrutaban, poco más o menos, de la misma condición social... Los dos primeros reyes de Israel pertenecían a dos familias sencillamente acomodadas... Todo esto representa un nivel de vida bastante modesto y no tenemos noticias de que hubiese familias más pudientes en estos mismos ambientes” (pp. 109, 114, 115).

Luego viene el segundo período, llamado “período monárquico”, durante el cual se produce lo que de Vaux llama “la revolución social”. En los siglos décimo y octavo a. C. “Las instituciones monárquicas hicieron surgir una clase de funcionarios, que sacaban partido de su administración y de los favores que les otorgaba el rey. Otros, por suerte o por habilidad, realizaron grandes lucros con sus tierras”. “Las transacciones comerciales e inmobiliarias rompieron la igualdad entre las familias, algunas de las cuales llegaron a ser muy ricas, mientras que otras empobrecieron”. Desde entonces comenzaron a existir en Israel “Los débiles, los pequeños, los pobres, que sufren las exacciones de los ricos”. Los profetas salen en su defensa... y también la ley los protege “pues estaban indefensos, por encontrarse aislados y por no constituir una verdadera clase social o un partido capaces de defenderlos” (Lákates *ib.*).

A partir sobre todo del exilio, se desarrolla el tercer período, durante el cual se llega a una “espiritualización” del concepto de “pobre”. En esta etapa de la evolución el “pobre”, según Lákates “no sería ni una calificación moral ni religiosa, sino tan solo indicaría una relación especial para con Yahvé. Pues como los ricos generalmente oprimían a los pobres y así se convertían en impíos y malvados, los pobres eran los amados por Dios (*Dt* 10,18; *Pr* 22,22- 23):

“No despojes al débil, porque es débil, y no aplastes al desdichado en la puerta, porque Yahvé defenderá su causa y despojará de la vida a los despojadores” (*Pr* 22,22-23).

Y con esto ya entramos en la tercera relación “pobres-Yahvé” (hombre-Dios). En esta relación el Dios de Israel siempre sale al encuentro y en defensa del pobre y se acerca a él con amor y generosidad. Todo el que no tiene defensa entre los hombres, puede encontrar su apoyo en Yahvé. Así para el levita, que no tiene bienes materiales, “Yahvé es su herencia” (*Jos* 13,14,33; 18,7). Existe como una ley en la historia de la salvación, según la cual Dios elige siempre al que sufre, al oprimido, al pobre y lo lleva a la salvación. Esta complacencia de Dios para con el pobre, lo pone en cierto estado de privilegio en las relaciones con Dios.

En este período y en esta línea habría que introducir toda la espiritualidad de los “anawim” del AT como una anticipación de las bienaventuranzas evangélicas. El texto de *So* 2,3 puede servir de base o de referencia para el desarrollo de este tema. Dice:

“Buscad a Yahvé, vosotros todos, HUMILDES DE LA TIERRA, (*ANAWIM*),  
que cumplís sus normas;  
buscad la justicia, buscad la humildad;  
quizá encontraréis cobijo en el Día de la cólera de Yahvé”.

Algunos autores pensaron que los *Anawim* formaban una especie de partido o de secta político religiosa. En realidad no se trata de eso. Son simplemente los israelitas sumisos a la voluntad divina. Esta espiritualidad de la pobreza de los *Anawim* surge y se desarrolla sobre todo en el medio profético y con Sofonías (640-609), el vocabulario de la pobreza toma un colorido moral y escatológico; le vemos sobre todo en el oráculo de *So* 3,11-13, que anuncia la realización del ideal propuesto 2,3 y da una de las descripciones más perfectas del “espíritu de pobreza” en el AT en conexión con otro tema denso de espiritualidad y teología, el del “resto de Israel”. Dice el texto:

“Aquel Día  
no tendrás ya que avergonzarte de todas tus rebeldías con que te rebelaste contra mí,  
porque entonces quitaré yo de tu seno  
a tus alegres orgullosos  
y no volverás a engreírte en mi santo.  
Yo dejaré en medio de ti *un pueblo humilde y pobre*  
y en el nombre de Yahvé se cobijará el Resto de Israel.  
No cometerán más injusticias,  
no dirán mentiras,  
y no más encontrará en su boca  
lengua engañosa.  
Se apacentarán y reposarán,  
sin que nadie los turbe” (*So* 3,11-13).

Ver el mismo tema en *Is* 49,13; 66,2; *Sal* 22, 27; 34,3,11 s.; 69; 74,19; 149,4 y luego *Mt* 5,3; *Lc* 1,51; 6,20; 7,22. Frente a esta corriente espiritual que exalta la pobreza, hay que reconocer que existe en el AT otra que la considera más bien como fruto de la pereza. La literatura sapiencial, en general, considera a la pobreza, res, como efecto de la pereza. Así por ejemplo dice *Pr* 10,4: “Mano indolente empobrece, mano diligente enriquece” (*Pr* 15,19; 19,15). Si consideramos que el origen de la literatura sapiencial es el ambiente del palacio real, podemos comprender el porqué de estas reflexiones de los proverbios.

*El NT* nos abre nuevos horizontes en lo que respecta a la pobreza. Podemos distinguir tres series de textos:

1. Textos que se refieren al desprendimiento de los bienes materiales: (hombre-mundo);
2. Textos que se refieren a las injusticias de los ricos: (hombre-hombre);
3. Textos que se refieren a la confianza en Dios: (hombre-Dios).

### 1. Relación “Hombre-Bienes Naturales”

La *primera serie* de textos se refiere a la relación, “hombre-bienes materiales”. Mientras en el AT esta relación aparecía como algo querido y ordenado por Dios hasta tal punto que la “bendición” de Dios traía consigo el goce de la posesión de los bienes materiales, en el NT hay una serie de textos que proponen un desprendimiento generoso y desinteresado de los bienes. Este desprendimiento aparece en algunos textos como una exigencia universal para todo aquel que quiere ser discípulo de Cristo. No sólo se trata del ejemplo de los apóstoles que lo dejaron todo para seguir a Jesús (*Mt* 4,18-22; *Lc* 5,1-11; *Mc* 1,16-20), sino de una declaración explícita como en *Lc* 14,33: “Ninguno de vosotros que no renuncie a todos sus bienes puede ser mi discípulo”. A esto podemos añadir el caso del joven rico narrado en *Mt* 19,16-22 (*Mc* 10,17-22; *Lc* 18,18-30). Este caso, según varios exegetas modernos, encierra no sólo un consejo “facultativo” de desprendimiento, sino una exigencia fundamental del Reino (cf. CLAR, 4, *Pobreza*, nº 65; J. M. R. Tillard, “Le fondement évangélique de la vie religieuse”, en NRTH [91] 1969, pp 916 ss.). Leamos el texto en *Mt* 19,16-22. El nudo de la cuestión que determina la

interpretación del pasaje como algo obligatorio para todo discípulo de Cristo, está en el sentido y en el alcance de la expresión “ser perfecto” El texto de Mateo 19,21 dice:

“Si quieres ser perfecto, ve, vende lo que tienes...” y antes había dicho “Si quieres la vida, guarda los mandamientos” (v 17).

Ambas propuestas parecen facultativas “si quieres”. Pero no es lo mismo que “ser perfecto”, y si la urgencia de ser perfecto es tan grande y tan obligatoria como la de “entrar en la vida”. La expresión “ser perfecto” (*teleios sinai*) en los evangelios sólo repite en Mt 5,48: “Vosotros, pues, sed perfectos como vuestro Padre celestial”. Esta exigencia se dirige a todos los cristianos. No es un mero consejo facultativo, sino una exigencia para todos. Lo mismo parece que debe decirse de 19,21, en el sentido que lo aplica el documento de la CLAR (*Pobreza* n° 65): “Todo aquel que quiera 'ser perfecto' siguiendo a Jesús y todo cristiano tiene la obligación de serlo (Mt 5,48; Vat. II, LG 40) debe “vender todo lo que tiene y darlo a los pobres” (Mt 19,21; Lc 12,33). Esto se halla expresado por el mismo Jesús en términos paradójales que, aunque ordinariamente no pueden interpretarse “a la letra”, destacan con fuerza el carácter incondicional e ilimitado de esta exigencia, la que pone al cristiano en esta tensión que San Pablo interpreta como un morir la muerte de Cristo para participar de su resurrección (2 Co 4,7- 11; Flp 3,10-11; Rm 6,3-11).

Este desprendimiento voluntario de los bienes materiales tiene sus motivos profundos que podemos resumir en los siguientes:

Primero: seguir a Cristo (*sequela Christi*)  
Segundo: ayudar a los pobres (limosna).

Y en la base de ambos está la *conversión*, que trae consigo el desprendimiento por la *Sequela Christi*: “el que tenga dos túnicas, que las reparta con el que no tiene; el que tenga para comer que haga lo mismo” (Lc 3,11).

Para terminar, hay que señalar como el culmen de todo lo anterior y el fruto del desprendimiento lo que Lucas en los *Hechos de los Apóstoles* llama la “*Koinonía*” (Hch 2,42-47; 4,32-35; 5,12-16) La primitiva comunidad cristiana de Jerusalén puso en práctica todo lo que el Evangelio les exigía después de la verdadera conversión.

Resumiendo el contenido de esta serie de textos que se refieren a la relación “hombre-bienes materiales” en el NT y en los que la pobreza se presenta como opción personal libremente asumida, diremos: El hombre que se encuentra con Cristo es invitado a la conversión que lo lleva a cambiar de camino y a seguirlo a Él (*sequela Christi*), liberándose de las ataduras de los bienes materiales con los que ayuda sus hermanos (“va, vende todo lo que tienes”), para ponerlo, todo en común de tal manera que cada uno tenga lo que necesita en bienes materiales y espirituales (*koinonía*).

## 2. Relación “ricos-pobres”

Una simple lectura de los Evangelios Sinópticos y sobre todo de Lucas basta para tener la impresión de que Jesús simpatizaba muy poco con los ricos. Se respira una cierta aversión que a veces es necesario “explicar” para que no escandalice nuestro equilibrio y serenidad teológicos. Cuando leemos el episodio del rico, que con toda su fortuna se fue a parar a lo más profundo del Hades, mientras que Lázaro, el pobre, se ve exaltado junto al Patriarca Abraham (Lc 16,19-31), o cuando tenemos que aceptar una afirmación tan categórica como: “¡Qué difícil es que los que tienen riquezas entren en el Reino de Dios! Es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja, que el que un rico entre en el Reino de Dios”, nos quedamos admirados ante las exigencias del Evangelio. Esta actitud tan crítica con respecto a las riquezas y a los ricos se respira sobre todo en Lucas. “El peligro de las riquezas, con el consejo de deshacerse de ellas y

de practicar la limosna es un rasgo característico de la religión de Lucas: cf. 3,11; 6,30; 7,11-41; 12,33-34; 14,14; 16,9; 18,22; 19,8; *Hch* 9,36; 10,2. 4. 31” (*BJ* nota a *Lc* 12,33). Lucas 16 reúne dos parábolas, propias de Lucas, y varios *logia* referentes al buen y mal uso del dinero. Otro dato interesante. Lucas usa “veces la palabra “rico” (*plusios*), mientras que Mateo la usa 2 y lo mismo Marcos. Juan por su parte nunca en el evangelio.

Sin insistir más en el análisis de textos podemos llegar a la siguiente conclusión: Lucas hace del desprendimiento de los bienes materiales una exigencia general y un valor del Reino, con mayor insistencia que los demás sinópticos y mucho más que Juan y Pablo. De la lectura de los textos de Lucas, llegamos a percibir dos cosas: *primero* la obligatoriedad del desprendimiento. Para Lucas no se trata de un consejo facultativo, sino de una exigencia del evangelio. Esta exigencia no se fundamenta en el hecho de que los bienes materiales sean en si malos o peligrosos, sino en el hecho de que el “evangelio” pone al hombre, a todo hombre que desea adherirse a él, frente a una realidad superior, lo coloca en una perspectiva distinta, le abre horizontes nuevos que no niegan las dimensiones del horizonte humano, pero que las supera notablemente. Para entender esta obligatoriedad del desprendimiento hay que salir de un enfoque legalista y juricista de “lo lícito o no lícito”, lo permitido lo prohibido, lo que es pecado y lo que no es pecado, como si las riquezas fueran malas y el no tener bienes fuera la perfección y entrar en la perspectiva de la realización plena del hombre en base a una categoría de valores que orienten nuestras aspiraciones hacia una superación constante. Los bienes materiales son algo bueno y santo, pero hay algo mejor y que está por encima de ellos. El evangelio nos recuerda esto y nos presenta este “plus” que puede llenar el corazón del hombre más plenamente que el dinero. *Segundo* los motivos que llevaron a Lucas a poner de relieve este aspecto pueden ser de distintas categorías. Es posible que Lucas haya hecho de este tema como una tesis de su mensaje por su gran sensibilidad humana y cristiana frente al dolor y al sufrimiento de los hombres y por el hecho de que el Evangelio fue recibido y vivido en las comunidades que él mismo conoció por gente que en general pertenecían a un ambiente más bien pobres. Eran los sucesores de aquellos israelitas piadosos, los *Anawim* que en general pertenecían no a las clases ricas y acomodadas sino a las clases pobres y desheredadas.

Y no podemos pasar adelante sin citar los textos tan duros de Santiago contra los ricos que oprimen a los pobres. Son ante todo las amenazas del capítulo 5 las que debemos tener en cuenta (ver *St* 5,1-5). En este caso la riqueza va identificada con la injusticia, que oprime y esclaviza a los pobres. Las palabras del apóstol no necesitan comentario.

### 3. Relación “pobre-Dios”

La pobreza como actitud interior frente a Dios aparece sobre todo en las bienaventuranzas (*Mt* 5,3; *Lc* 6,20). Los “pobres” y los “humildes” indefensos y oprimidos están a punto para el Reino de los cielos. Los “pequeños” (*nepici*) recibirán la revelación del misterio; los “humildes” (*tapeinei*) de Lucas 1,48-52; 14,11; 18,14; Mateo 23,12; 18,4 reciben el don y la visita de Dios.

Esta ley de la historia de la salvación, según la cual Dios elige siempre lo más débil para confundir lo más fuerte y desprecia a los ricos y poderosos para enaltecer a los pobres y humildes no debe interpretarse como una exaltación de la pusilanimidad o una glorificación de la apatía. No se trata de que el hombre renuncie al esfuerzo y a la acción creadora y autónoma, sino que se trata de una exigencia de superación continua que tiene su punto de partida en una crítica constructiva de la escala de valores según la cual se rige la sociedad y los hombres en general. La “ley” de la elección divina tiende a una superación y a una plenitud del hombre, a quien trata de sacarlo de su estado de opresión para llevarlo hasta la liberación total que podrá realizar plenamente en la Alianza con Dios. Mientras el hombre no alcance esta plenitud será indigente, será pobre, con esa pobreza que lo aparta de Dios y de sí mismo.

“Escuchad, hermanos míos queridos: Acaso no ha escogido Dios a los pobres según el mundo para hacerlos ricos de la fe y herederos del Reino que prometió a los que le aman?” (St 2,5).

Con todo tenemos que tener presente que “si Dios en su Reinado mira con predilección a los pobres, es porque quiere liberarlos de su pobreza; y por eso nos compromete en particular a los religiosos a que siguiendo la dinámica de su amor, nos encarnemos entre los pobres y trabajemos por su desarrollo” (CLAR -4- *Pobreza* n° 55). Esto nos evitará llegar a una “idealización religiosa de la miseria, que no sería evangélica y podría resultar profundamente alienadora (ib. 54).

### *Conclusión*

La pobreza evangélica nos lleva a ordenar nuestras relaciones con el mundo, con los hombres y con Dios conforme al designio divino, según el cual el horizonte en que se mueve el hombre va desde el dominio de las cosas creadas hasta la mayor superación a la que el corazón del hombre puede aspirar en la Alianza nueva y definitiva con Dios Padre en y por medio de su Hijo, el cual siendo rico se hizo pobre para enriquecernos a todos: “Conocéis bien la generosidad de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, por vosotros se hizo pobre, a fin de que os enriqueciérais con su pobreza” (2 Co 8,9).

*Victoria - Entre Ríos  
Argentina*